



# Siempre Algún Libro

Diego Caro

# Siempre algún libro

Diego Caro

Copyright © 2021 Diego Caro

All rights reserved.

Preludio .....	7
Cartas, pensamientos y algo más.....	11
Nowadays.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
Coda para un viejo amante .....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>



*Para Martina y las novelas que escribiré*

## Preludio

Alcohol, Placer. Cigarrillo, Dolor. Alcohol, Dolor.  
Cigarrillo, Placer. Drogas, Placer y Dolor. Placer, Amor.  
Amor, Dolor. Amor, Dolor. Amor, Dolor. Amor, Dolor.  
Amor, Dolor. Dolor, Placer. Placer: Dolor. Dolor: Placer.

Este es un intento de novela romántica que no resultó. Intenté escribir nuestra historia de infinitas maneras. A través de las novelas que leíste, las que leí yo y las que leímos juntos. A través de las canciones que escuchaste, que escuché yo y que escuchamos juntos. A través de la ropa que vestí. A través de los juegos que te propuse. A través, al fin, del arte que contemplamos juntos y los viajes que realizamos. Hacia el final, intenté también escribir nuestra historia con palabras sobre una hoja en blanco. Pero nada resultó.

Sufriendo este derrotero, el siguiente intento de novela solo tiene sentido en la medida que deja de ser una novela romántica. Pues tú me dejaste y solo ahí te pude escribir.

La historia, cronológicamente, va de que Luna y Valentín se conocen entrando a la universidad y se enamoran. Hacen durante cuatro años todo lo que una pareja hace luego de conocerse entrando a la universidad. Luego, Luna deja a Valentín, claro que no es la primera vez que se separan pues los quiebres son parte de lo que una pareja hace luego de conocerse entrando a la universidad. Valentín sufre y Luna también. Valentín sigue sufriendo y Luna lo hace cada vez menos. Valentín nunca deja de sufrir, pero eventualmente desaparece y Luna en algún momento dejará de sufrir, pero nunca se va. Así parte la historia.



Cartas, pensamientos y algo más

*20 de enero de 2021*

Me gustaría poder contarte en estas páginas que estoy mal. Qué desperté con dolor de cabeza por tanto alcohol y jarana. Me gustaría contarte que de tanta coca y alcohol mi tez se encuentra pálida y mi nariz y ojos están rojos; decirte que me veo exquisitamente hecho mierda. De verdad quisiera poder escribirte que en mi cama yacen una mujer bella, de negro pelo y ojos profundos; y un hombre de cuerpo duro y delgado, cuyo sexo reposa bajo mis sabanas tras una extenuante noche en la que se perdieron los límites de la sexualidad hegemónica. Poder decirte que, pese *–gracias–* a todo el daño que me hago, siento placer. Que este dolor que siento es también placentero y me ha llevado a descubrir mis límites, a vivir la vida, a follar como un animal en celo y a redescubrir

mis aspiraciones. Pero no es así. Al menos hoy, esto no es real.

La verdad es que, luego de una extenuante noche de insomnio solitario y sudor frío, solo pude despertar y servirme un tazón de cereales con leche. Por alguna razón, comer algo digno de un niño de 10 años –*del yo de los 10 años*– me pareció el único remedio posible para las tremendísimas ganas de matarme que anoche me quitaron el sueño. El sueño y nada más. Y es que al momento de dormir parece que todos los fantasmas aparecen y te hostigan hasta hartarse. Parece que el pensamiento no puede parar, que todas las situaciones en las que has tenido que tomar decisiones imposibles vuelven a tu cabeza y siempre performan la situación del *y si yo hubiera hecho X en vez de Y*, pero X e Y se confunden e intercambian en la oscuridad; en la oscuridad de la noche, de los pensamientos. Pero anoche fue distinto. No había ningún fantasma, ninguna decisión podía ser tomada. No

estabas, ni siquiera, en las fotos que aún cuelgan de la pared de nuestro departamento. Y fue esa infinita e infranqueable ausencia la que me llevó al borde de la realidad; a querer saltar de ella.

Me provocó tanta angustia el pensar en matarme y no encontrar cómo llevar a cabo la acción. No era capaz de encontrar una forma en la que suicidarme. Comenzó a angustiarme profundamente el no poder quitarme la vida; no poder elegir ni torcer X o Y. Lo cual es en realidad, si se le piensa con detención, un absurdo tremendo. En una casa hay infinitas opciones para quitarse la vida. Un cinturón te puede ahorcar. En una tina te puedes ahogar. Con un poco de ingenio, un cable te puede electrocutar o una llave de gas abierta asfixiar. Ni hablar de los objetos cortopunzantes –quizás, incluso, una vieja pistola que mi padre guarde en algún lugar– que puedo encontrar en la cocina, baños y habitaciones de la casa. Pero por alguna razón, yo solo pude pensar en una alternativa que

definitivamente no me mataría: arrojarme por la ventana del segundo piso. Probablemente hubiera sobrevivido y hubiese sido patético. Esa idea fue la que no me dejó dormir: no ha pasado un mes desde que Luna me dejó y creo que no he llorado lo suficiente. Y mi intento de suicidio hubiese sido un ridículo con una carta mal escrita y un tobillo o quizás una costilla fracturada. Yo y Luna merecemos más. Nuestra relación merece más que un salto al vacío de tres metros. Nuestra relación merece, por lo menos, un final de dolor de cabeza y coca y alcohol y mujer bella de negro pelo y ojos profundos y el chico de cuerpo duro y delgado cuyo sexo reposa bajo mis sabanas tras una extenuante noche en la que ha de haberme follado sin descanso.

Pero sigo en la casa de mi padre. Nuestro departamento está vacío y no quisiera entrar en él pues allí sí estará mi querida Luna, en las fotos del lugar. Allí si vendrán los fantasmas en la noche. Allí si aparecerán

Gabriel y Alicia y me drogaré hasta dejar de sentir mi cuerpo; o hasta sentirlo más que nunca. Lo que más me aterra es que allí sí que es posible que me mate arrojándome por la ventana y no tendría un tobillo y una costilla rota acompañado de una pésima nota suicida; sino que tendría un pésimo funeral con un patético intento de novela romántica a medio terminar.

Sería mejor, entonces, que comience por contarte, querida, cómo sucedió todo y qué me trajo hasta aquí. Pero no creo estar listo para eso. No creo ser capaz aun de relatar nuestro funesto viaje a Mendoza; nuestra curiosa visita a Cartagena de Indias; nuestro rimbombante viaje por Madrid, Barcelona, Paris, Florencia y Roma; tampoco de nuestros incontables –y mis favoritos personales– viajes a Valparaíso.

Ya que no estoy listo para ello, y que la presión en el pecho de la noche anterior sigue haciéndose presente cada vez que muevo

*Aunque sea un solo*

*músculo.*

*Aunque sea un poco.*

quizás será mejor que te cuente sobre esos días en los que todo estaba por acabarse.

Dicen que uno siempre se queda con lo mejor de las relaciones luego de terminar, y que eso hace que se sufra tanto por ese tiempo pasado. A mí siempre me gustó pensar en el incierto y poco planeado futuro; claro que con Luna comencé a planearlo. Hoy extraño el pasado y quizás deba volver a disfrutar de esa apuesta a ciegas que

llamaba *mañana*. Por eso quiero recordar esos días antes del final, esos amargos y angustiosos días en los que sí veía todas las formas posibles para hacerme daño y era eso lo que me angustiaba; el alcohol, las cajetillas, la brasa ardiente de un cigarrillo reduciendo mi piel ante su marcha. Quisiera rememorar ese dolor para ponderarlo al que siento ahora. Quizás así me sienta mejor y vea que Luna tomó una buena decisión, que al menos nunca nos hicimos daño.

*Tanto daño.*

*Creo.*

*Espero.*

Pero tengo la impresión de que, aun recordando el sufrimiento que implicó nuestra relación, querida, lo de Luna no se me pasará.

Por eso, lo mejor será que salga a fumarme un cigarro y quitarme el sabor a leche y cereales que ya, lejos de reconfortarme, me hacen sentir como un niño estúpido y taimado luego de que su mamá lo reta al llegar del trabajo por haber sido anotado en clases por decirle a un compañero “estúpido de mierda”. Con un cigarro espero poder contarte sobre la semana que antecede aquella en la que todo acabara. Por si no te lo había dicho, fue el pasado 8 de enero.

Un abrazo,  
Vale

## Pensamientos de Valentín I

Que se están jugando La Vida

Que mentira más grande. No te juegas la vida en una prueba, en una PAA, PSU, PTU, PDT, PTA o la CTM. No te juegas nada. [10:18] Instrucciones, dudas y caras de muerte. Comienza la primera prueba, la de lenguaje, y yo soy el verdugo de esta generación, el examinador que viene a hacerse unas cuantas lucas a partir del sufrimiento de una manga de pendejos abecé uno que sueñan con ser ingenieros y heredar la empresa de papá o ser artistas y vivir de la plata de papá; por alguna razón absurda el segundo me cae en gracia. Comprensión Lectora se llama: *65 preguntas con 4 o 5 opciones de respuesta cada una, con una única respuesta correcta*, dice el Manual de